

pone iniciarlo a los 16-18 años y prolongarlo sin tiempos prefijados ni automatismos hasta la confirmación, a la que seguiría la recepción de la Eucaristía de la comunidad adulta.

Los numerosos interrogantes que le surgen al autor al hacer sus reflexiones ponen de manifiesto que la temática en cuestión es compleja: no resulta fácil formular cómo han de articularse las diversas dimensiones que integran la iniciación cris-

tiana. Se trata de un gran reto que tiene la comunidad eclesial para lograr, con la gracia de Dios, cristianos convertidos y creyentes. Todo esfuerzo reflexivo en este sentido debe valorarse y agradecerse. En todo caso, siempre será necesario que las verdades teológicas implicadas en el proceso de iniciación prevalezcan sobre otros criterios antropológicos, sociológicos o pastorales.

Juan ALONSO

Gilbert K. CHESTERTON, *El hombre eterno*, Madrid: Cristiandad, 2007, 354 pp., 13 x 20,5, ISBN 978-84-7057-502-0.

Como dice Juan Manuel de Prada en el prólogo de esta obra, nos encontramos ante una de las piedras miliare del pensamiento de un hombre dedicado con todas sus fuerzas a buscar la Verdad y la Belleza. El contexto en el que este ensayo fue escrito y publicado, en 1925, es el de la publicación del *Esquema de la Historia*, de Herbert George Wells. En esta obra, «Wells considera al hombre un resultado casi aleatorio de la evolución; al reparar en la figura de Jesús, Wells lo caracteriza como una criatura mortal, sin duda determinante para el destino posterior de la Humanidad, como en otras épocas lo serían Mahoma o Buda, fundadores de religiones que se habrían limitado a dar forma a un impulso humano que, para Wells, es quimérico y prescindible» (p. 10). Chesterton, por su parte, escribe su propio bosquejo de la historia, un ensayo en el que relata el auténtico viaje espiritual de la Humanidad. Él sostiene que el hombre no es fruto de la evolución, sino de una revolución, y para describir esto nos transporta a las cavernas de nuestros antepasados y nos lleva de la mano a través de las etapas fundamentales de su caminar hasta salir del paganismo y al abrazar el cristianismo.

El libro se compone de dos partes: la criatura llamada hombre y el hombre llamado Cristo. A lo largo de más de 300 páginas, Chesterton vuelve a mostrarse como un maestro del sentido común, dando como resultado una obra maestra de apologética. Con frecuencia, los juicios vertidos contra el cristianismo carecen de racionalidad, y son llevados a cabo por gente obstinada e imparcial. A través de la historia, sin embargo, podemos constatar la diferencia esencial que hay entre el hombre y el resto de las criaturas: su dimensión artística, su dimensión religiosa, etc. Algo parecido se podría decir de la diferencia entre paganismo y cristianismo. Chesterton toma un poco de distancia frente a las cuestiones y así es capaz de verlas y explicarlas mejor. Pero no tanta distancia que llegue al desapego. Aunque en este ensayo no describe su itinerario religioso personal, no cabe duda de que muchos aspectos quedan reflejados: en un escrito de un creyente, de un modo u otro, queda reflejada la fe que practica.

Desde el punto de vista metodológico, Chesterton se fija de un modo particular en «la novedad». Las cosas que se viven

con naturalidad pueden llegar a ser hasta despreciadas. Por eso es necesario volver a sus raíces, para entenderlas en sus contextos originarios. Es por eso por lo que el trayecto «intelectual» de este ensayo, casi novelado, comienza en las cavernas. Sólo allí podremos hacernos cargo de lo que realmente es el hombre: «precisamente cuando consideramos al hombre como animal es cuando percibimos que no lo es» (p. 27). En la introducción del mismo autor se nos ofrece un buen resumen de lo que se pretende con este libro: «Trataré de ayudar al lector a contemplar el Cristianismo desde fuera, en una visión de conjunto, en contraste con el origen de otros elementos históricos. De igual forma, trataré de considerar la humanidad en su conjunto frente al origen de la misma naturaleza. Desde este punto de vista, nos encontraremos que ambos casos ofrecen desde su principio un elevado componente sobrena-

tural. No se funden con el resto, con los colores del impresionismo. Destacan con los colores de la heráldica, vivos como la cruz encarnada sobre un escudo blanco o el negro león sobre un campo dorado. Así destaca el rojo del *barro* sobre el verde campo de la naturaleza o el *blanco Cristo* sobre la arcilla de los de su raza» (p. 29).

No cabe duda de que la genialidad de Chesterton siempre tiene el (bajo) precio de acostumbrarnos a su forma de escribir, abundante en paradojas. Pero pienso que el esfuerzo que supone leerlo está compensado con creces por las sugerencias que provoca y las luces que aporta. En este libro, de un modo particular, tanto a los cristianos que quieren «redescubrir» el valor de lo que viven, como a todos aquellos que miran con desagrado o escepticismo la fe cristiana... sin verdaderas razones para ello.

Juan-Luis CABALLERO

Kurt Koch, *Die Kirche Gottes*, Augsburg: Sankt Ulrich, 2007, 288 pp., 14 x 21, ISBN 978-3-86744-023-3.

El autor fue profesor de teología dogmática en Lucerna, y desde 1996 es Obispo de Basilea, Suiza. En estos años, sus tareas pastorales han reclamado intervenciones y escritos de carácter teológico-pastoral, que vienen reunidos en este volumen y unificados en torno a cuestiones básicas sobre la Iglesia y la vida cristiana.

El resultado no es un manual o un tratado, sino una visión general de la Iglesia, en la cual, a partir de los presupuestos de la dogmática católica, canaliza la preocupación pastoral del autor en orden a ofrecer una imagen adecuada de la Iglesia. Gravita en sus consideraciones la actual dificultad de muchos católicos para superar una mera

visión sociológica de la Iglesia. Por ello, el autor aspira a presentar la realidad de la Iglesia como «organismo» vivo, más que como organización o mera institución. En ese sentido, su punto de partida es la Iglesia o Pueblo de Dios que existe como Cuerpo de Cristo, según la expresión paulina altamente valorada por el teólogo Josef Ratzinger, a quien el autor sigue de cerca en los diversos capítulos. De ese modo, la naturaleza verdadera de la Iglesia se percibe en la vida que Cristo transmite a sus miembros, en la fe testificada en la vida y celebrada en la liturgia, y en una existencia cristiana de servicio a Dios y a los hermanos.

José R. VILLAR